

La república que se fue a pique

*Nos hemos echado verdaderamente en brazos de
un destino a todas luces incierto.*

MÁXIMO GÓMEZ,

1 de Abril de 1895. Diario de Campaña.

LA REPÚBLICA NACE CON EL SIGLO XX. EN ESA PRODIGIOSA primera década donde Einstein nos recordó que el progreso científico no es una simple acumulación de conocimientos, sino una perpetua reflexión sobre los principios en que se basan nuestros conocimientos, y *Demoiselles d'Avignon* de Picasso inaugura una matinal, recién despierta, honda, mirada del mundo. Un siglo en que muchos aspectos estuvo hipotecado por conflictos y concepciones del siglo anterior, que pugnaron por imponerle rumbos y camisas de fuerza. Nuevas situaciones intentaron una y otra vez resolverse con vetustas herramientas.

Los primeros recuerdos de mi infancia copiosos de pormenores se remontan a los años treinta en el pueblo de Unión de Reyes. Vivía frente al parque y la pequeña iglesia en casa de un tío que era inspector de ferrocarriles. Un día, aún me parece verlo, estalló la conmoción que quebró por largo tiempo el sopor pueblerino: del fondo de la calle venía una manifestación encabezada por Pelón, un joven de piel bronceada y pelo revuelto. Flameaba banderas cubanas y atronaban con sus gritos la somnolencia del mediodía: «¡Cayó el tirano Machado!». Mi tío sacó un enorme revólver, no sé de dónde, se asomó al portal y, como se hacía entonces, lo descargó al aire. La tarde se llenó de la trepidación de efusivos disparos y la atmósfera cobró la acidez de la pólvora; todos se abrazaban en los portales y en el parque, hasta quienes nunca se trataban; se izó la bandera en el Ayuntamiento a los acordes del himno nacional interpretado por la banda municipal,

Gregorio Ortega

convocada precipitadamente, olvidada de los gastados y pretenciosos uniformes que lucía en las retretas dominicales en la glorieta del parque.

Marcaban la vida del pueblo, concertaban sus relojes, la sirena de la fundación de los Perret en la mañana; al anochecer, las campanadas del tren de La Habana cuando llegaba a la estación. Muchachas y jóvenes, con sus mejores galas, acudían desde la tarde al andén, a pasearse por él, en espera de ese vecino que inesperadamente había partido días antes hacia la lejana capital, o el forastero, quizás un viajante, que se apea maletín en mano, incierto, sin saber a dónde dirigir sus pasos, mientras todos cuchichean y lo observan de soslayo, inquietos, como si fuera un rinoceronte. La caída de Machado quebró la modorra, todo andaba desquiciado, como sacudido hasta los cimientos por la fuerza descomunal de King Kong. Mi tío, tan apacible, se enredaba en conversaciones en voz baja en el patio, lejos de las indiscretas miradas de la calle, y un día escuché que se citaba con otros para la iglesia presbiteriana situada al fondo de la casa, donde cierto rumor sostenía que se escondía Pelón —fue en esa ocasión cuando oí por primera vez el nombre misterioso de Joven Cuba. Una noche mi tío dijo preocupado «cualquier día van a venir los americanos», y, al poco tiempo, en una tapia junto a las líneas del ferrocarril, apareció un letrero a brochazos rojos que proclamaba: «Abajo el imperialismo yanqui».

Siempre me gustaron los grandes caballos castaños, rubios, gordos, cuidados y pulidos —«los caballos americanos»— de la Guardia Rural. Todos parecían iguales, majestuosos frente a los pencos de los guajiros, y soñaba con montar uno. Por la tarde paseaba solemne calle abajo la pareja de guardias que regresaba al cuartel después de recorrer las guardarrayas, los bateyes. La correa trenzada colgando del revólver, el machete golpeando rítmicamente el vientre del caballo, el máuser al hombro, la canana terciada en el pecho. De pronto los guardias comenzaron a verse a todas horas; cuando aparecían, todos callaban, las mujeres recogían los niños en los portales, los grupos se disolvían en silencio, arrastraban un aura de temor, y cuando hablaban, apoyando la mano al machete o en el revólver, sus voces eran agrias, chillonas, conminatorias; en ocasiones tiraban el pecho de los caballos contra las barandas de los portales, los encabritaban en las esquinas, y hasta una tarde atravesaron el parque a galope persiguiendo a dos jóvenes que huían.

Dormíamos, pasada la medianoche, cuando se oyeron disparos y gritos de ¡fuego!, ¡ fuego! Ni a mis hermanas, ni a mi prima, ni a mí, nos dejaron llegar al portal, desde las ventanas enrejadas de la sala veíamos las llamas alzarse sobre la iglesia, lamer el campanario, brotar con crujidos por las ventanas. Entró en el parque la bomba tirada por dos gruesos caballos, desatada en furioso campaneo, pero sin agua —en el pueblo la suspendían de noche—; los vecinos se volcaron sobre las bañaderas y tanques, llenados por precaución en la tarde, cargaban cubos chorreantes y los arrojaban contra la puerta y las paredes del templo. Enseguida se apareció el rumor de que Pelón, responsable de todo lo imprevisto en el pueblo, era el autor del incendio; pero al correr desesperadas las viejas beatas hacia la candela para sacar los santos —«¡San

Antonio, San Antonio!», gritaba una—, Pelón se arrojó entre vigas que caían carbonizadas, aún ardiendo y regresó con un santo bastante chamuscado entre los brazos. Hubo un gran estruendo y se desplomó el techo, se elevó una espesa nube de humo y pavesas, las centellas se abrieron en abanico y descendieron sobre nuestro portal y patio. Todavía, en la mañana, bajo el sol, humeaba la iglesia, se erguían desoladas, tiznadas, las paredes laterales y el campanario, y guardias apostados por el parque alejaban a los curiosos por temor a que se desprendiera la campana.

Otra noche, en 1935, las puertas de la sala y de los cuartos que daban al patio casi fueron derribadas a culatazos. Nos despertamos asustados, temblando; abrimos, y por ellas entraron se sopetón guardias con los máuseres en las manos, las cartas tensas, desencajadas, los cuellos de las sudadas camisas abiertos, el sombrero tirado sobre la nuca; un teniente bramaba órdenes de registrar todo y preguntaba por mi tío. Supe entonces que esa noche no había venido a dormir, algo que rara vez ocurría. Punzaban con las armas bajo las camas, volcaban las ropas de los escaparates, empujaban a las mujeres, y cuando se cercioraron de que no encontrarían lo que buscaban, dejaron durante varios días una posta en el portal y otra en la reja posterior de la casa, frente a la cochera, hasta que fue derrotada la huelga general. Mi tío volvió al cabo de no sé cuánto tiempo, demacrado, sin afeitar, se reunió en un cuarto con la parte adulta de la familia, a los niños nos dejaron afuera, y cerraron la puerta. Al salir, dos horas después, tenían los rostros estirados, muy serios. Días más tarde, se empezó a hablar de mudada, de empaquetar las cosas, de regresar a La Habana, escuché algo así como me habían cesanteado a mi tío «por economía», y que la familia debía dispersarse.

En Unión de Reyes se había despertado mi avidez por la biblioteca de mi abuelo, que fue mambí, obrero ferroviario, y tenaz lector de Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Salgari, Julio Verne y Jules Michelet. Me contagió para siempre su pasión por la revolución Francesa, la historia y la aventura. Mis maestras de primaria se asombraban de mis conocimientos de geografía —nunca sospecharon que la había aprendido en libros de Salgari—. Los libros de mi abuelo y los sucesos presenciados de Unión de Reyes, sin que me diera cuenta de ello, fueron durante un tiempo el barómetro para juzgar nuevos acontecimientos y lecturas. No conozco otra iglesia quemada en Cuba en el siglo xx; respecto al pirómano de Pelón, el *enfant terrible* del pueblo, me han dicho, ignoro si es cierto, que durante la Guerra Civil Española entró en el Casino Español, amontonó los muebles, los roció con gasolina y les prendió fuego, por considerar el casino un antro de falangistas; que en tiempos del presidente Carlos Prío aspiró a alcalde por los auténticos, perdió las elecciones, asaltó los colegios electorales y quemó las urnas; subió al Escambray al final de la insurrección contra Batista, y sin haber disparado un tiro regresó después del triunfo con estrellas de comandante en los hombros; fue una especie de suprema autoridad local sin cargo; anduvo comprometido en un robo de ganado y otro de armas en un cuartel; estuvo unos meses preso; luego se refugió en la finca de su suegro, hasta que desapareció y un día alguien lo vio en

las calles de Miami. Cancelaba así, en cierto modo, más que una vida pintoresca, inconsecuente y turbulenta, una época.

Mis estudios en el Instituto y en la Universidad de La Habana, donde estudié Derecho, siempre con matrícula gratis, se efectuaron en la atmósfera tétrica de las luchas de los grupos gangsteriles, encabezados en cierta medida por detritos de la revolución de 1933, de aquella que, según Raúl Roa, «se fue a bolina». En el Instituto, lo que se llamó «bochismo» no pasó a ser una cuenta reyerta por las «botellas» en las nóminas del Ministerio de Educación; posteriormente, al ganar las elecciones presidenciales Grau San Martín, la pugna desembocó en una verdadera guerra entre pandillas que pujaban por el reparto de cotos de caza mediante el control de la policía. Cotos de caza que concedían el disfrute exclusivo de la corrupción política, la prostitución, el juego y la droga. Los continuos ajustes de cuentas que ensangrentaban las calles de La Habana culminaron en el combate de Orfila, narrado a todo el país «en vivo y en directo» por radio y filmado por los noticieros que se presentaban semanalmente en los cines, y que solo pudo ser detenido con la presencia de los tanques del ejército. El sórdido clima de aquellas pugnas intenté recogerlo en mi primera novela *Una de cal y otra de arena*. Salvo para los textos de enseñanza, por obligatorios siempre rentables, no había entonces en Cuba editoriales. La imprimí a crédito en la imprenta de un amigo, y la pagué vendiendo personalmente uno a uno los quinientos ejemplares de esa primera edición. No olvidemos que la prestigiosa revista *Orígenes* era costeadada por José Rodríguez Feo, y que debió cesar cuando éste dejó de financiarla para publicar *Ciclón*; que fue a cuenta de autor la primera edición de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. De *Una de cal y otra de arena* escribió Enrique Labrador Ruiz (Alerta, 6-3-1957): «a quienes deseen penetrar a fondo la ventrecha de las pasiones désele a leer este libro duro, crudo, sin embargo ni torpe ni exagerado. No conozco nada mejor en la materia, con tan exacta economía de palabras», y el historiador Ramiro Guerra (Diario de la Marina, marzo primero de 1957), tras considerarlo «un ejemplo sobresaliente de verismo periodístico vaciado en los moldes de la novela», escribió: «Sujeto a la disciplina de la objetividad rigurosa, el doctor Ortega maneja el tema con despego tal de observador interesado que paradójicamente nos obliga a pensar que siente muy hondo y muy cerca lo que narra. Inútil es buscar en las páginas de *Una de cal y otra de arena* censuras, justificaciones o interpretaciones de los hechos; mucho meno todavía una tesis, de ahí lo de «documento». Los personajes son vivos y reales; el autor no hace psicología ni sociología con ellos. Se limita a presentar los hechos». He citado estos comentarios porque aunque luché contra el gansterismo —hasta el punto que, tras una tumultuosa asamblea en el instituto de Marianao fui acusado por los gánsters en el Juzgado de Instrucción de haberlos ¡amenazado de muerte!; la acusación no prosperó, más que por absurda, por ser yo entonces menor de edad— al narrar como ficticios sucesos reales pensaba, y pienso, que bastaba con describir el horror, sobraba todo calificativo.

Eran, por supuesto, los años en que los jóvenes descubríamos a Kafka, Borges, Joyce, Faulkner; en que se comentaba entre los estudiantes que el poeta

Lezama Lima, tan grueso que se desplazaba con dificultad por las calles de Obispo y O'Reilly de librería en librería, le había dedicado un libro a Nicolás Guillén llamándolo «poeta natural», y el mulato le había replicado con otra dedicatoria en la que tildaba a Lezama Lima de «poeta competente»; los años en que comencé a escribir en *La Última Hora*, *Bohemia* y *Carteles*. Mirta Aguirre dirigía *La Última Hora*, una revista agobiada por las dificultades económicas que empezó como semanario, luego se publicó quincenal, y ya agonizaba como mensual cuando la tarde del asalto al Cuartel Moncada su redacción fue arrasada, no dejaron una máquina de escribir o un mueble sano, por efectivos del Servicio de Inteligencia Naval. Le llevé a Mirta Aguirre una crónica que titulé «De sol a sol por dos pesos diarios», sobre los jóvenes obreros agrícolas de las fincas paperas de Güira de Melena y Gabriel, le gustó y me propuso que colaborara regularmente. Mirta Aguirre era muy culta, y nunca intentó imponerme esa rigidez de criterio que más tarde tornó ríspida sus relaciones con algunos jóvenes escritores. A veces en las mañanas se dejaba caer Nicolás Guillén por los altos de Mercaderes donde estaba la redacción de *Última Hora*, y los tres nos íbamos a tomar café a la esquina. Era la ocasión de comentar los chismes del mundillo cultural habanero. Si era filosofía la lengua de Nicolás, su pensamiento, a diferencia del de Mirta, era muy flexible, juicio que los años de amistad que desde entonces matuvimos siempre me confirmaron.

Conocí a Lino Novás Calvo, al cual ya admiraba como escritor —pienso que es el más original y poderoso cuentista cubano del siglo xx—, cuando le llevé un cuento mío, *La muerte del mundo*. Me recibió en un despacho en penumbras, sin ventanas, la única luz era la de un pequeño roedor tras montones de manuscrito y ejemplares del *New York Times*. Me dijo que le gustaba mi seudónimo, le dije que era mi verdadero nombre, pero nunca lo creyó. Para mi sorpresa, dos semana después lo publicó *Bohemia*. Cuando fui a cobrar el cuento —*Bohemia* era la revista mejor pagaba los cuentos en Cuba, y posiblemente en toda América Latina, cincuenta pesos por cada uno, pesos que estaban a la par de un dólar, que valía mucho más que hoy—, y con la vista a intentar el inicio de una amistad, me llegué hasta su despacho para darle las gracias por la publicación, tropecé entonces con su pertinaz timidez y decisión de mantenerse a conveniente distancia de las conversaciones literarias. Nuestras relaciones siempre fueron frías y formales en las raras veces que nos encontramos. Lino Novás Calvo llevaba una vida redactarle la sección internacional por la mitad de lo que entonces le pagaba por ese servicio al *New York Times*.

Carteles fue para mí el talento de Guillermo Cabrera Infante para descubrir y clavar con una frase ingeniosa, y a menudo cruel, un juego de palabras, el costado ridículo de personas y cosas, sus sarcasmos, sus comidillas sobre el mundo cruel, un juego de palabras, el contado ridículo de personas y cosas, sus sarcasmos, sus comidillas sobre el mundo del espectáculo al cual era tan adicto, los juicios ponderados de Rine Leal, la antigua prudencia y vastas lecturas de Luis Gómez Wangüemert, y Antonio Ortega, el director de la revista, autor de un interesante cuento, Chino olvidado, que fue una premonición

de su propio triste destino, y al cual agradezco la posibilidad que me brindó de hacer reportajes a lo largo y ancho del país —y que incluso siguió publicando mis crónicas, firmadas con mi propio nombre, cuando ya estaba exiliado en Chile y Argentina. Anduve entonces de la isla de San Antonio a Maisí, desde los cayos a las montañas, como periodista, pero también como abogado de asociaciones campesinas; defendí, entre otros a los campesinos de Las Maboas, en Camagüey, cuando fueron detenidos por intentar recuperar las tierras para cebar ganado que les había arrebatado el King Ranch. Lamentablemente, ya hoy no ocupan esas tierras ni el King Ranch ni los campesinos, sino el marabú en maleza espinosa, tupida, intrincada, en vastas extensiones improductivas.

Andar, en aquella época, era no solo utilizar todos los medios de transporte posibles por llanos, valles y montes, pernoctar en caseríos que eran apenas un nombre en los mapas, hablar con quienes se ganaban el sustento en las actividades más sórdidas e increíbles —entrevisté a los buceadores, que vivían registrando los latones de basura, escribí sobre el mercado de los desperdicios al fondo de la calzada de Cristina, los yerberos, las ocupaciones nocturnas—; andar era, también, salir del bufete de abogado en Tejadillo con el crepúsculo y bajar por Obispo deteniéndose en cada librería, encontrarse con periodistas, escritores, y pintores por los cafés, tomarse un vasito de ostiones en jugo de tomate, o una cerveza frente a un recio mostrador, en medio de un corro que discutía a voz en cuello, entre afirmaciones rotundas y jaranas, de todo lo humano y divino, desde el último juego de pelota hasta del libre más comentado por la crítica en el momento. Bajar luego por los soportales de la calle Monte hasta cerca de Cuatro Caminos, donde vivía, la curiosidad saltando de las tiendas que comenzaban a iluminar sus vidrieras a los artistas callejeros y vendedores ambulantes, que a gritos pregonaban inusitadas habilidades circenses o raras mercancías. Aquel bullicio y colorido, que desde Babilonia y Roma hasta las urbes contemporáneas define a las ciudades, ya desde hace tiempo extinguido en La Habana, es siempre lo primero que me viene a la mente y arde con fulgor en el recuerdo cuando se evoca aquella República.